

EL VENDEDOR DE CUCHILLOS

Alto, enjuto, con su boca desdentada, de donde salía aquel medio pregón ofreciendo su mercancía: «¡Niña, el cuchillito! ¡Que no se olvide el cuchillo de cocina, niña!»

¿Qué motivo existía para que de tal modo me impresionara la figura y el pregón de aquel anciano? Ha pasado algún tiempo de su muerte y aún parece que lo veo. Primero vendía de pie, derecho, luego apoyaba su cuerpo sobre la pared y más tarde, rendido por el cansancio y los años, sentado en el escalón de una puerta, seguía ofreciendo al público aquellos cuchillos hechos por él. Sin duda aquella industria era el único medio de vida de su pobre existencia.

No sé si era hijo del pueblo, yo siempre lo ví en él, donde tenía fama de honrado y trabajador. Era notorio el amor que profesó a su esposa, cosa por la que acabó de atraerse todas mis simpatías.

Antes de negociar con sus cuchillos, fué vendedor de aceitunas. Su pregón era claro y su voz potente. Empezaba animadas charlas con sus parroquianos, a los que le hablaba con palabras rudas pero llenas de nobleza.

En aquel entonces, ya contaba más de ochenta años, y su cuerpo arrogante y fuerte asemejaba un castillo por la serena firmeza con que resistía de pie los embates de las empestades y los rigores del tiempo.

Así se conservó todavía algunos años, pero al fin fué decayendo aquella fortaleza que yo seguía observando. Aquella caída llevaba a mi corazón frío de agonía, sequedad de muerte. Aunque mi compasión era grande por el pobre anciano, no era sólo su interesante figura la que me conmovía de aquel modo, era que aquella firmeza caducante, unida a otros recuerdos, formaba para mí el más profundo libro de amarga filosofía.

¡Cuan difícil me es aclarar con mi torpe pluma los conceptos formados en mi imaginación a la vista del anciano, al que asociaba yo el recuerdo de aquella gran mansión que visité durante mi estancia en un bonito y pintoresco pueblo de Castilla!

Las ideas se entremezclan en mi cabeza al unir estos dos recuerdos. Hombre y castillo, dos naturalezas tan distintas y tan unidas en mi imaginación...

Aquel hombre, un día alto, fuerte, lleno de desafiante nobleza, se podía comparar con aquella fortaleza y a la misma vez, a la fortaleza que yo admiré aún estando en ruinas se le podía hacer comparaciones con el hombre caduco.

Eran dos cosas muy diferentes, que podían mirarse frente a frente. Las autorizaba para ello sus abundantes méritos. Cada una cumplió a la perfección con su deber. La una amparó y cobijó a los que se acogieron al calor de sus fuertes paredes prestándole absoluta protección.

El otro amparó con su pecho a los suyos, los defendió con sus brazos, y los mantuvo con el sudor de su frente



Por igual tuvieron un exterior bello y hermoso, en cuanto al interior, la una fué albergue de príncipes y reyes. El otro supo superarle. Fué siempre relicario de lo divino... Fué morada de algo más grande: Tuvo prisionero dentro de su pecho, un alma, cosa que supera a todas las grandezas de este mundo.

¡Polvo serán los dos! La una pasará a la nada, el otro tuvo que dar cuenta del depósito sagrado que le hizo Dios. Quizás en aquellos momentos de grandeza, deslumbrado y aturrido ante la presencia del Altísimo, lanzaría inconsciente su famoso pregón; luego, contrito y humillado, diría aquella alma candorosa: «¡Señor, perdón! Yo fui vendedor de cuchillos...» Y el Señor sonriente, lo abrazaría y le diría amoroso: «Entra bendito de mi padre, a recibir el premio eterno en la morada de los Justos...»

¿Recordarán muchos al noble anciano? Yo por mi parte no lo olvido, lo veo echado sobre la pared, rechazando la humillante limosna con aquel acento de grandeza que conservó siempre.

Siento frío al recordar su faz lívida, su cuerpo derrenegado sobre aquella puerta, y oigo su débil voz, que cual estertores de muerte dice muy bajito: «¡Niña el cuchillito! ¡Niña que no se olvide el cuchillito!»

Concepción ANGLADA,

Diciembre, 1951

JOSE LORETO

(Recuerdo de un mes de Enero)

Se llamaba José Loreto; tenía unos grandes ojos negros de miradas preguntonas, y estaba milagrosamente gordito; por eso me hacía tanta gracia al andar y le buscaba las risas para ver aquellos hoyitos que se le forzaban en los carrillos. Muchas veces he pensado en él; han pasado más de veinte años; tal vez ya no exista, o ¡quien sabe si será un hombre alto, flaco y arisco como su padre!

No usaba calzado y sus pies pequeños y regordetes eran suaves a pesar de chocar con las aristas agresivas de las piedras oscuras que solaban las calles; unos pantaloncillos cortos y una blusilla transparente eran su traje; los cabellos revueltos y rizosos, la carita cándida y feliz, el vesfido ralo, las piernas hermosas y los pies tan suaves,

me parecía una estatuilla, un amorcillo que hubiera tomado vida. Por algún sitio tendré el retrato de José Loreto: sentado sobre una piedra de granito que teníamos en el jardín a modo de artístico canapé; el suelo estaba materialmente cubierto de manzanilla en flor, y los piesecillos jugaban al escondite; en la pared, el dibujo en sombras de la silueta agazapada de una higuera—«Mírame José Loreto... —le había dicho yo».—Se rió dichoso y me envió mil besos con sus ojazos... Rápidamente compuso una postura adecuada para un retrato: las manitas en las rodillas... Todo es risa en la imagen del pequeño: sus ojos, su boca, los hoyuelos traviesos de su carita y aquellos otros de las manos...; risas, risas...; reían sus manos y jugueteaban sus pies con las florecillas gualdas.

José Loreto era un niño feliz, creía yo... ¡ojalá no hubiera intentado averiguarlo, así, al ver su imagen en la pequeña cartulina que conservo, su recuerdo sería una pincelada de color y alegría... Era feliz, ciertamente; es

Supé que José Loreto fué feliz pero no lo volver a ver y conservo su infancia de niño de ojos rientes, en mi memoria ¡que bien!

MADRIGAL

ahora, si vive, cuando no lo será, como no lo fué su padre Guardo una libreta de abundantes hojas; es un diario, que no sé como llamarlo: social, religioso, pedagógico... Cuando lo abro, se me agolpan los recuerdos en tumulto, y me pongo alegre y triste y la imagen de José Loreto, imprime su policromía en mi cerebro, y resuena su voz y su risa infantil...

De José Loreto sólo hubiera guardado el bello recuerdo de su felicidad; pero el querer hacer aquellos apuntes, fué la causa de que todo cambiara: de José Loreto me acuerdo siempre que veo a un niño de su edad, feliz o desgraciado... Porque en la libreta estampé unas líneas que me atormentan muchas veces; es un diálogo corto, que copio ahora:

«Han amanecido las calles blancas de nieve; finaliza el mes de Enero; José Loreto ha entrado dando saltos y se sacude la nieve salpicando a los compañeros que rien alborozados. Me he estremecido de frío. —«A ver, José Loreto, dame las manos»--y las retengo entre las mías; las de él están calientes, ¿cómo puede ser así?—¿Te levantas ahora, José Loreto?—«Sí...»--¿Has dormido muy calentito?—«Sí...»--y abre sus ojazos, que no pueden aguantar su alegría--esta noche, he dormido encima de una estera, con la chaqueta de mi padre...»--«Pero, ¿dónde duermes...?»--«Dentro de una alacena ¡más calentito...!»--No he contestado; no he podido hablar: José Loreto mira extrañado y confuso las lágrimas que corren por mis mejillas...»

Hasta aquí del diario.

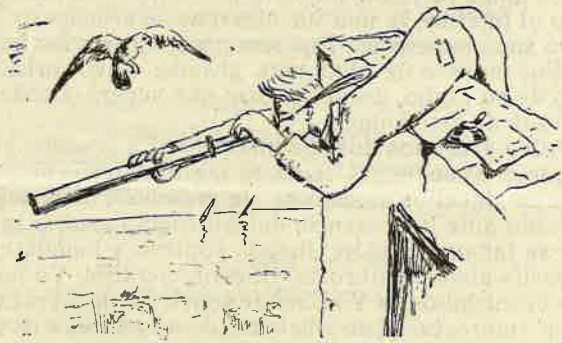
Luego conocí a los padres, y ví aquella alacena que albergaba por las noches a la esculturita humana...--«Mientras sea pequeño.»--había dicho la madre. El padre no habló; tendría unos treinta y cinco años, alto y flaco... Elogié la belleza de José Loreto, y alabé a Dios que lo conservaba sano y hermoso...--«Pues mire usted, su padre era igual...»--y me mostró una cartulina amarillenta; se parecían los dos: exactamente iguales: los hoyuelos en las mejillas, la boca entreabierta, los ojazos parloteando venturas... No quise volver a mirar al padre: sentí miedo de la tristeza abrumadora de aquellos ojos que miraban indiferentes, al hijo a la alacena, a la esposa, al cielo... sentí una inmensa congoja y no sabía que decir...; cuando salía de la casa, aun escuchaba la voz que decía refiriéndose a la mágica alacena y al niño: «Mientras sea pequeño...»

¡Mientras sea pequeño!... Mientras sea pequeño conservará candor, felicidad, ilusiones, ensueños... ¡Dios mío! ¿se cambiarán los ojazos parlanchines y reidores, como esos otros silenciosos y atrozmente sombríos de su padre.?

«¡Canta, ríe y goza, José Loreto, mientras seas pequeño anoté yo en mi diario; pero la pregunta me acosa siempre que veo a un niño de aquella edad: «¿Vivirá José Loreto...? ¿Y cómo serán sus ojos?...»

Paula CONTRERAS.

Puerto Real, Enero, 1952



QUISICOSAS

Esperamos ansiosos, noticias de Alcalá de los Gazules en donde cierto madrigalista se mantiene en silencio.

Total, que quien tiene un amigo en Alcalá ni tiene amigo, ni tiene «ná».

Por el amplio mirador de Arcos vuela una gran revista, «Alcaraván», a cuyas alas le deseamos desde esta ribera luminosa un sostenido aleteo lírico y aguileño.

En los serones de «PLATERO» hay dos Valencias. ¿Valencia del Cid y Valencia de Alcántara? No: Juan Valencia, el poeta recién casado y Antonio Valencia, el estudiante de Medicina, que canta «siguiriyas y soleares» con la mejor solera jerezana.

Y hablando de soleras jerezanas, una madrigalista ha recibido el regalo de una caja surtida, en premio de unos sugestivos versos. ¡Ah! El bodeguero jerezano es poeta también ¡Ya decíamos nosotros!...

No quedará en proyectos: Nuestra primera salida; la exposición de cuadros; la idem de artesanía, y un concurso de entre no profesionales de toda España y del Extranjero.

Nos honramos con la publicación en este número de

unos versos de García Nieto poeta premiado en el Certamen Literario del pasado año, y de un poema de Leopoldo de Luis, Flor Natural en el mismo Certamen.

Nuestros saludos a García Cernuda.

Nuestros saludos a DONATO

Y a Fernandez de León ¡gracias Don Gaspar!

Y brindemos por último con una caña de manzanilla sanluqueña por nuestro buen amigo y poeta Manolo Barbadillo. El próximo número lo enjoyaremos con una de sus poesías.

¡Saludos, brindes, solera jerezana, manzanilla sanluqueña, cante jondo...!

QUISICOSA MUSICAL

Nuestro hombre subió satisfecho a la tribuna, dispuesto a lucir una vez más aquella su voz potente, estentórea, cantando como todos los años las «coplas del Santo», aderezadas al perverso gusto religioso-musical del decimonono siglo, todavía ¡Oh manes de Pío XI, para muchos summun de toda exquisitez artística:

Oscurécese el sol de repente...

Naturalmente, había celebrado anticipadamente su seguro éxito con unas copas, sin sospechar la pesada broma que el Chiclaná—meridional Puck—le preparaba.

Preludió el armóniun, atacó el coro, y a su tiempo, lanzó aquella su voz potente, estentórea, comenzando el solo:

Oscurécese el sol...

Más equivocando las sílabas, precisamente al llegar al agudo, atronó el espacio

...de «perrente...»

y aquí acabó para siempre—sit transit gloria mundi—la fama musical de nuestro hombre.

M. G. P.

Precio del ejemplar 2 pesetas.

Imprenta SAN JOSE—Puerto Real G. Franco, 65